## La cultura y la participación de las masas

Escribe: DARIO SAMPER

Aunque hay términos que al generalizarse suelen perder su verdadero alcance, como sucede en el lenguaje de los economistas cuando se habla, por ejemplo, de sub-desarrollo, la verdad es que en el conjunto de los valores que representan en América Latina la cultura —mitos, imágenes, representaciones— la interpretación de su intención y profundidad de la medida en que los elementos materiales del propio desarrollo se modifican y los comportamientos y medios de socialización de los grupos se van moldeando al ritmo de los cambios sociales.

La cultura no solo manifiesta las representaciones colectivas, sino las formas estructurales de las instituciones, las técnicas o procedimientos, y, desde luego, las circunstancias propias del medio —el habitat— los recursos naturales y humanos, la ecología de las densidades demográficas y sus posibilidades de sustentación y expansión. Características estas bien sabidas y que promueven la tesis de que, a una economía del sub-desarrollo corresponde una cultura que se proyecta dentro de los propios límites circunstanciales.

En un tipo de sociedad como la de Latinoamérica —aceptando gradaciones— donde la influencia de los países más avanzados es manifiesta en las obras de la creación científica, literaria y artística, la cultura es dependiente y periférica dentro del área. Sus formas no se diversifican ni enriquecen de inmediato sino cuando el proceso de asimilación produce una especie de adaptación sinérgica. Se necesita el transcurso de una larga etapa dentro de cuyo ciclo se advierten desajustes y adaptaciones, para que sus formas se integren, se objetivicen en la vida auténtica, como acontece ahora con la novela, el relato y la pintura.

Nuestras creaciones en el ámbito cultural han sufrido sucesivamente la impronta de la influencia española, francesa, inglesa y norteamericana, lo que ha señalado y subrayado la dependencia de nuestro acontecer en el conjunto de las estructuras, consideradas en su totalidad e interdependencia funcional. A una novelística de la selva, del llano, del latifundio, cul-

men de la sociedad agraria colonial, sucede la novela de las ciudades donde se manifiesta la "cultura de la pobreza" y principalmente de los pueblos o agrupaciones que vivieron y fenecieron alternativamente del comercio, de la pesca o del banano, como puede rastrearse en autores que están en el plano de la actualidad de la literatura sudamericana.

Bien se advierte que en una sociedad determinada las estructuras culturales se incertan e inscriben dentro de una jerarquización preestablecida y sancionada de los valores, ajena al individuo propiamente dicho, que es la que se considera como una cultura ritualizada, en la que el consumidor está sujeto a medios de comunicación reglamentados. Es allí donde se crean los modelos de conducta, que, a la postre identifican las manifestaciones de la cultura de la sociedad tradicional.

Lo que se ha considerado como la estructura dinámica del campo intelectual, sitúa los rumbos y tendencias en el del tejido de interacciones que promueven el agente o agentes creadores, en una escala que va desde los grupos de escritores, las academias y centros de enseñanza que ejercen mayor influencia dentro del sistema de competencia y el espacio en que puedan tener vigencia, ya sea como una suerte de compromiso de las clases que mantienen el poder político y sancionan y legitiman la cultura predominante o como traducción de la autoridad que está en las academias, en los hombres cultivados, en los críticos, en los comentaristas de la prensa, la radio, la TV o los filmes sujetos, casi siempre, a las imágenes vitales de la cultura sacralizada.

Nadie puede escapar fácilmente, en el campo de la cultura, al sistema de normas y reglas, de valoraciones que determinan su comportamiento y aun su apetencia en las relaciones socio-culturales.

Es en semejantes condiciones como se difunden los mitos aceptados por las masas en la sociedad de nuestro tiempo. Mitos que sustentan el orden establecido, ya sea en la sociedad industrial y urbana, hacia la cual convergen las naciones, pero, principalmente en las sociedades retrasadas o en desarrollo que constituyen las que pueden llamarse sub-culturas tributarias. Mitos e ideologías del mito que definen el sistema de valores en cuyo silabario se resuelve el status cultural de la persona.

Los mitos prosperan en las agrupaciones de clase o en las estratificaciones si se prefiere; son el producto de las interacciones religiosas, familiares, sexuales, políticas y la razón misma del conflicto, que determinan las zonas de influencia o confluencia o los antagonismos consiguientes.

Los conjuntos culturales que responden a las agrupaciones, desde las bandas juveniles de las ciudades, las familias ya no patriarcales sino nucleares de nuestros coetáneos, las asociaciones y grupos de presión, hasta las formas más elevadas y permanentes, se representan culturalmente en las vivencias, mitos, representaciones e imágenes que entran en el llamado "proyecto de creación" por parte de quienes se alienan a la cultura sancionada. La desalienación indica la lucha que se libra entre quienes pretenden seguir un prospecto vital que les permita el rescate de su personalidad y de su vida misma, que van perdiendo en la medida en que prosperan materialmente en el "mercado cultural".

La evolución histórica de los pueblos señala el desarrollo de la cultura ya que la historicidad del hombre explica la evolución social. En sociedades como las nuestras, que, a diferencia de las nacientes naciones africanas, no parten de tabula rasa, sino de formas culturales tradicionales o adventicias, es indudable que la trasmisión de los valores ha tenido su principal origen en la educación, en la enseñanza superior que ha formado las élites en las Universidades, de donde salieron las clases directoras que legitiman la cultura predominante. Del tránsito difícil de una sociedad cerrada como la colonial a una sociedad abierta o que pretende serlo, se hacen presentes las vicisitudes de nuestra cultura.

La tradición colonial española impregnada de religiosidad, hizo que el catolicismo desempeñara un papel predominante en la organización de estas sociedades, así como el sentimiento del "umma" ha sido decisivo en la comunidad islámica y el judaísmo, religión más que raza, ha propiciado la unidad del pueblo hebreo a través de la dispersión y en sus luchas desiguales.

Bien se advierte que la recurrencia de una jerarquización cultural religiosa determinó las manifestaciones características del Estado español en las Indias y luego las discrepancias en la formación de nuestros partidos. En la sociedad colombiana del siglo XIX el clima religioso es la atmósfera de la cultura y la constante de muchas de sus manifestaciones. Un cierto tinte de academicismo tradicional colorea la ortodoxia de los escritores católicos que pronto, ante la difusión del utilitarismo liberal, retoman las líneas de la vieja cultura hispánica, como hace Andrés Bello en los prodomos de la república y Miguel Antonio Caro en Colombia, cuyo estudio de los clásicos latinos y de la gramática para la defensa de la lengua española, es una manera de inmunizar la cultura sancionada contra los excesos del romanticismo que tiene en su raíz los venenosos jugos del pensamiento libre y el ateísmo que fluye de La enciclopedia.

Los círculos de creadores o quienes desarrollaban proyectos frente a una vasta masa indeferenciada toman partido en esta competencia, pero esta polémica no rebasa los términos de las ciudades letradas porque en el campo y en las aldeas la noche colonial demora oscura y cerrada.

Aquellos círculos, sociedades, salones y "mosaicos", están formados por quienes legitiman o tratan de legitimar un sistema de valores o romper las estructuras tradicionales, en torno a periódicos de muy escasa circulación, a las nacientes academias y a pequeñas prensas que editan libros muy de tarde en tarde. El mercado artístico es muy reducido. Los escritores constituyen una casta cerrada —unos a otros se impugnan con el término de "oligarcas"— cuya influencia y prestigio se dirige a la política o la lucha por el poder, con lo cual se integra el único campo cultural.

De ahí la desproporción con que actualmente se juzga el que la presencia de un grupo de escritores y filólogos —muy pocos de señalada importancia— hubiera justificado, ante algunos, el que a Bogotá se le llamara "Atenas suramericana", en medio del inmenso desierto de la república incipiente, cuyas provincias estaban separadas por las murallas de los Andes, por las grandes distancias en una época de primitivos medios de comunicación.

Esos grupos han caracterizado los medios de propagación de la cultura en torno a revistas y ahora se advierten como movimientos de vanguardia, participando en la competencia por la legitimación de sus expresiones creadoras, en la ampliación del mercado y constituyen, en proporción al desarrollo de las relaciones sociales, las ya advertidas "maffias" o "sociedades de mutuo bombo" o generacionales que señala Shucking, citado por Pierre Bourdieu.

Solo cuando en este siglo se inicia el proceso del desarrollo industrial, después de la primera guerra mundial y se constituye una clase media en las ciudades, se multiplican los medios de difusión que pretende romper el formato de la cultura de élites cerradas hacia una cultura de masas, es cuando los grupos buscan tener una movilidad mayor y determinada autonomía, rebelándose contra la cultura legitimada a través de vanguardias, no importa su procedencia, de movimientos universitarios de reforma. La naciente burguesía industrial sanciona las formas nuevas del arte, la literatura y la educación, así como se aparta de la oligarquía terrateniente y "orejona" (1).

Es en este momento cuando se advierte la participación directa del público con la obra de la creación cultural. Editores, críticos, publicistas, comentaristas, libretistas de radio y TV, libreros, dueños de salones de arte, actúan en un plano de relaciones intensas. Como se ha apuntado, el editor remplaza al mecenas del clero o de la nobleza, quien muchas veces impuso modificaciones al proyecto cultural, como ahora lo hacen en la "industria cultural", que implica también una nueva forma de enagenación o alienación dentro de la "cultura de la abundancia" que se desarrolla al lado de la "cultura de la pobreza".

La Universidad de los "doctores", del profesorado constituído por los notables o los "barones de la ciencia", tiende a suscitar en su interior cambios hacia la investigación y la ciencia, en relación con las necesidades del desarrollo.

La importancia del dinero y la expansión del mercado en las nuevas relaciones culturales, impone reformas profundas. Mas esas modificaciones solo pueden cumplirse dentro de sistemas estructurales de poder, así que la clase dominante es la que reglamenta las opciones y expectativas en el orden cultural como en el orden económico. No obstante la sociedad sub-desarrollada admite alternativas. Hay dos sectores muy definidos, el de la sociedad marginal y el de la sociedad industrial en proceso de ascención. En esta última se afirma la clase media cuya autonomía solo es posible cuando el sistema ocupacional se diversifica. La clase media arroja el lastre residual, cuyos modelos y dependencia se derivan de las clases altas y adquiere una mayor mobilidad social al ocupar posiciones claves o situarse en los polos de influencia y prestigio. El papel de esta clase (profesionales, expertos, políticos, educadores, técnicos, periodistas, artistas, trabajadores calificados, burócratas, dentro de nuevas clasificaciones administrativas, militares, sacerdotes) se destaca en la dirección de los

<sup>(1)</sup> La clase media en América Latina tiene un papel revolucionario de notoria importancia en el tránsito de la sociedad colonial a la sociedad burguesa.

cambios, a tiempo que influye en la burguesía industrial, que comienza a romper con las formas feudales de la economía latifundista y las relaciones culturales retrasadas y oficializadas.

El poder político tiende a dar mayor participación a las clases marginales y a integrarlas dentro de una sociedad igualitaria. De la misma manera la integración en la cultura de las ciudades es una de las formas del desarrollo.

Estamos, pues, ante la coyuntura que nos ofrecen los cambios sociales y que darán a las manifestaciones de la cultura nuevos contenidos humanos. La demanda de una educación más amplia de acuerdo con los niveles educacionales, o "niveles de aspiración" van creciendo. Esos niveles son estimulados por los grupos de edad, por los medios de comunicación, por la competencia, por la organización de instituciones técnico-económicas que caracterizan al Estado contemporáneo, por el creciente optimismo que despierta la ampliación del horizonte vital, lo que es uno de los estímulos del desarrollo aun en la llamada "cultura de la pobreza". El pesimismo, la frustración, el inconformismo, suelen ser más agudos en las sociedades desarrolladas, donde como se ha apuntado la opción de no morirse de hambre se cambia por la de la soledad y el peso de las presiones exteriores.

De aquí que en nuestras sociedades la educación superior deba planearse en función del desarrollo y de los cambios sociales que se suscitan. La insuficiencia de la segunda enseñanza y, desde luego de la Universidad, que es la más conservadora de las estructuras, aparece en toda su dimensión dramática.

Educación superior y universitaria para el desarrollo, es hoy la preocupación básica, así como ciencia e investigación son las alternativas de la reforma para crear las condiciones de ascenso cultural.

El desarrollo de la cultura en las sociedades sub-desarrolladas o en proceso de cambios, implica la participación cada vez mayor de las masas en las formas de comunicación y esa participación es eminentemente política en el sentido de la promoción de modificaciones en las estructuras del poder, que es ahora el Norte a donde se dirigen los estudios sociológicos en torno a la cultura en el sistema democrático. Una sociología de los valores está en la dirección del cambio social inminente.

De ahí que la empresa del quehacer histórico inmediato es la de que no hay desarrollo sin cultura, ni cultura sin desarrollo. Y que en la medida en que el desarrollo nos ponga en el camino de la civilización industrial, la participación de las masas es la única forma de conservar la libertad frente a la jerarquización inevitable de la sociedad burocratizada y de la economía de consumo. Parece que aun en sociedades desarrolladas como Francia los últimos acontecimientos indican cambios en este sentido.

## BIBLIOGRAFIA

Sociologie politique. - Maurice Duverger.

Sociedad, cultura y personalidad. - Pitirim A. Sorokin.

Existencialismo y alienación en la literatura americana. - Sidney Kinkelstein.

Filosofía, educación y desarrollo. - José Medina Echavarría.

Problemas del estructuralismo. - Pierre Bourdieu.

Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina. - Jorge Gracierena.

Ideologías y cambios sociales. - Julio Barreiro.

El concepto de clases sociales. - Georges Gurvitch.

El cambio social. - M. H. Johnson.

Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial. - Raymond Aron.

Historia social de España e hispanoaméricaca. - Juan Benyto.

Traite de savoir - vibre a l'usage des jeunes generations. - Raoul Vaneigem.

La cultura de la pobreza en los Estados Unidos. - Michael Harrington.

Meditación americana. - Juan Marinello.